

# Releyendo un «best-seller»:

## *Cruzando el umbral de la esperanza*

### (Antología)

#### El «Papa»: un escándalo y un misterio

Pregunta:

Si me lo permite, le preguntaría: ¿No ha dudado nunca, en medio de su certeza, del vínculo con Jesucristo y, por tanto, con Dios? ¿Nunca se ha planteado preguntas y problemas acerca de la verdad de ese *Credo* que se recita en la misa y que proclama una inaudita fe, de la que usted es el garante más autorizado?

Respuesta:

Quisiera empezar con la explicación de las palabras y de los conceptos. Su pregunta está, de un lado, penetrada por una fe viva y, de otro, por una cierta inquietud. Debo señalar eso ya desde el principio y, al hacerlo, debo referirme a la exhortación que resonó al comienzo de mi ministerio en la Sede de Pedro: «¡No tengáis miedo!».

*Cristo dirigió muchas veces esta invitación a los hombres con que se encontraba.* Esto dijo el ángel a María: «No tengas miedo» (cf. *Lc* 1, 30). Y esto mismo a José: «No tengas miedo» (cf. *Mt* 1, 20). Cristo lo dijo a los apóstoles, y a Pedro, en varias ocasiones, y especialmente después de su Resurrección, e insistía: «¡No tengáis miedo!»; se daba cuenta de que tenían miedo porque no estaban seguros de si Aquel que veían era el

fue apresado, y tuvieron aún más miedo cuando, Resucitado, se les apareció.

Estas palabras pronunciadas por Cristo las repite la Iglesia. Y con la Iglesia *las repite también el Papa*. Lo ha hecho desde la primera homilía en la plaza de San Pedro: ¡«No tengáis miedo!»!. No son palabras dichas porque sí, están profundamente enraizadas en el Evangelio; son, sencillamente, las palabras del mismo Cristo.

*¿De qué no debemos tener miedo?* No debemos temer a la *verdad de nosotros mismos*. Pedro tuvo conciencia de ella, un día, con especial viveza, y dijo a Jesús: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!» (Lc 5, 8).

Pienso que no fue sólo Pedro quien tuvo conciencia de esta verdad. Todo hombre la advierte. La advierte todo Sucesor de Pedro. La advierte de modo particularmente claro el que, ahora, le está respondiendo.

Todos nosotros le estamos *agradecidos a Pedro* por lo que dijo aquel día: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!»!. Cristo le respondió: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 10). *¡No tengas miedo de los hombres!* El hombre es siempre igual; los sistemas que crea son siempre imperfectos, y tanto más imperfectos cuanto más seguro está de sí mismo. ¿Y esto de dónde proviene? Esto viene del corazón del hombre, nuestro corazón está inquieto; Cristo mismo conoce mejor que nadie su angustia, porque «Él sabe lo que hay dentro de cada hombre (cf. Jn 2, 25).

## Rezar: cómo y por qué

Pregunta:

Santidad, si me lo permite: ¿Cómo se dirige usted a Jesús? ¿Cómo dialoga en la oración con ese Cristo que entregó a Pedro (para que llegaran hasta usted, a través de la sucesión apostólica) las «llaves del Reino de los cielos», confiriéndole el poder de «atar y desatar» todas las cosas?

Respuesta:

Usted hace una pregunta sobre la oración, pregunta al Papa *cómo reza*. Se lo agradezco. Quizá convenga iniciar la contestación con lo que san Pablo escribe en la *Carta a los romanos*. El apóstol entra directamente *in medias res* cuando dice: «*El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad* porque ni siquiera sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros, con gemidos inefables» (8, 26).

¿*Qué es la oración?* Comúnmente se considera una conversación. En una conversación hay siempre un «yo» y un «tú». En este caso un Tú con la T mayúscula. La experiencia de la oración enseña que si inicialmente el «yo» parece el elemento más importante, uno se da cuenta luego de que en realidad las cosas son de otro modo. *Más importante es el Tú, porque nuestra oración parte de la iniciativa de Dios*. San Pablo en la *Carta a los romanos* enseña exactamente esto. Según el apóstol, la oración refleja toda la realidad creada, tiene en cierto sentido una *función cósmica*.

*El hombre es sacerdote de toda la creación*, habla en nombre de ella, pero en cuanto guiado por el Espíritu. Se debería meditar detenidamente sobre este pasaje de la *Carta a los romanos* para

entrar en el profundo centro de lo que es la oración. Leamos: «La creación misma espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios; pues fue sometida a la caducidad —no por su voluntad, sino por el querer de aquel que la ha sometido—, y fomenta la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos que efectivamente toda la creación gime y sufre hasta hoy los dolores del parto; no sólo ella, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente esperando la adopción de los hijos, la redención de nuestro cuerpo. Porque en la esperanza hemos sido salvados» (8, 19-24). Y aquí encontramos de nuevo las palabras ya citadas del apóstol: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque ni siquiera sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros, con gemidos inefables» (8, 26).

*En la oración, pues, el verdadero protagonista es Dios. El protagonista es Cristo, que constantemente libera la criatura de la esclavitud de la corrupción y la conduce hacia la libertad, para la gloria de los hijos de Dios. Protagonista es el Espíritu Santo, que «viene en ayuda de nuestra debilidad». Nosotros empezamos a rezar con la impresión de que es una iniciativa nuestra; en cambio, es siempre una iniciativa de Dios en nosotros. Es exactamente así, como escribe san Pablo. Esta iniciativa nos reintegra en nuestra verdadera humanidad, nos reintegra en nuestra especial dignidad. Sí, nos introduce en la superior dignidad de los hijos de Dios, hijos de Dios que son lo que toda la creación espera.*

**Jesús-Dios: ¿No es una pretensión excesiva?**

¿Por qué Jesús no podría ser solamente un sabio, como Sócrates, o un profeta, como Mahoma, o un iluminado, como Buda? ¿Cómo mantener esa inaudita certeza de que este hebreo condenado a muerte en una oscura provincia es el Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Padre?

Respuesta:

San Pablo está profundamente convencido de que Cristo *es absolutamente original, de que es único e irrepitible*. Si fuese solamente un sabio, como Sócrates, si fuese un «profeta», como Mahoma, si fuese un «iluminado», como Buda, no sería sin duda lo que es. Y es *el único mediador entre Dios y los hombres*.

Es mediador por el hecho de ser Dios-hombre. Lleva en sí mismo todo el mundo íntimo de la divinidad, todo el misterio trinitario y a la vez el misterio de la vida en el tiempo y en la inmortalidad. Es hombre verdadero. En Él lo divino no se confunde con lo humano. Sigue siendo algo sustancialmente divino.

¡Pero Cristo, al mismo tiempo, es tan humano...! Gracias a esto *todo el mundo de los hombres, toda la historia de la humanidad encuentra en Él su expresión ante Dios*. Y no ante un Dios lejano, inalcanzable, sino ante un Dios que está en Él, más aún, que es Él mismo. Esto no existe en ninguna otra religión ni, mucho menos, en ninguna filosofía.

¡Cristo es irrepitible! No habla solamente, como Mahoma, promulgando principios de disciplina religiosa, a los que deben atenerse todos los adoradores de Dios. Cristo tampoco es simplemente un sabio en el sentido en que lo fue Sócrates, cuya libre aceptación de la muerte en nombre de la verdad tiene, sin embargo, rasgos que se asemejan al sacrificio de la Cruz.

Menos aún es semejante a *Buda*, con su negación de todo lo creado. *Buda* tiene razón cuando no ve la posibilidad de la salvación del hombre en la creación, pero se equivoca cuando por ese motivo niega a todo lo creado cualquier valor para el hombre.

Cristo no hace esto ni puede hacerlo, porque es *testigo eterno del Padre y de ese amor que el Padre tiene por Su criatura desde el comienzo*.

El Creador, desde el comienzo, ve un múltiple bien en lo creado, lo ve especialmente en el hombre formado a Su imagen y semejanza; ve ese bien, en cierto sentido, a través del Hijo encarnado. Lo ve como una tarea para Su Hijo y para todas las criaturas racionales. Esforzándonos hasta el límite de la visión divina, podremos decir que Dios ve este bien de modo especial a través de la pasión y muerte del Hijo.

Este bien será confirmado por la Resurrección que, realmente, es el principio de una creación nueva, del reencuentro con Dios de todo lo creado, del definitivo destino de todas las criaturas. Y tal destino se expresa en el hecho de que Dios será «todo en todos» (*I Co 15, 28*).

Sí, no hay que cansarse de repetirlo. A pesar de algunos aspectos convergentes, Cristo no se parece ni a Mahoma ni a Sócrates ni a *Buda*. *Es del todo original e irrepetible*.

La originalidad de Cristo, señalada en las palabras pronunciadas por Pedro junto a Cesarea de Filipo, constituye el centro de la fe de la Iglesia expresada en el Símbolo: «*Yo creo en Dios, Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo, Su único Hijo, nuestro Señor, el cual fue concebido del Espíritu Santo, nació de María Virgen, padeció bajo Poncio*

Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; el tercer día resucitó de la muerte; subió al cielo, se sentó a la derecha de Dios Padre Omnipotente».

Este llamado Símbolo apostólico es la expresión de la fe de Pedro y de toda la Iglesia. Desde el siglo IV entrará en el uso catequético y litúrgico el *Símbolo nicenoconstantinopolitano*, que amplía su enseñanza.

La amplía como consecuencia del creciente conocimiento que la Iglesia alcanza, al penetrar progresivamente en la cultura helénica y al advertir, por tanto, con mayor claridad la necesidad de los planteamientos doctrinales adecuados y convincentes para aquel mundo.

En Nicea y en Constantinopla se definió, pues, que Jesucristo es «el Hijo unigénito del eterno Padre, engendrado y no creado, de Su misma sustancia, por medio del cual todas las cosas han sido creadas». Estas formulaciones no son simplemente fruto del helenismo; *proviene directamente del patrimonio apostólico*.

## **¿Por qué tantas religiones?**

Pregunta:

Pero si el Dios que está en los cielos, que ha salvado y salva al mundo, es Uno solo y es El que se ha revelado en Jesucristo, ¿por qué ha permitido tantas religiones?

¿Por qué hacernos tan ardua la búsqueda de la verdad en medio de una selva de cultos, creencias, revelaciones, diferentes maneras de fe, que siempre, y aún hoy, crecen en todos los pueblos?

Respuesta:

Usted habla de «tantas religiones». Yo en cambio, intentaré mostrar qué es lo que constituye para estas religiones el *elemento común fundamental* y la *raíz común*.

El concilio definió las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas en la declaración conciliar que comienza con las palabras *Nostra aetate* («En nuestro tiempo»). Es un documento conciso y, sin embargo, muy rico. Se halla contenida en él la auténtica transmisión de la tradición; cuanto se dice en él corresponde a lo que pensaban los Padres de la Iglesia desde los tiempos más antiguos.

La Revelación cristiana, desde su inicio, ha mirado la historia espiritual del hombre de una manera en la que entran en cierto modo todas las religiones, mostrando así *la unidad del género humano ante el eterno y último destino del hombre*. La declaración conciliar habla de esa unidad al referirse a la propensión, típica de nuestro tiempo, de acercar y unir la humanidad, gracias a los medios de que dispone la civilización actual.

La Iglesia considera el empeño en pro de esta unidad una de sus tareas: «*Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra; y tienen también un solo fin último, Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extienden a todos. [...] Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los recónditos enigmas de la condición humana, que ayer como hoy turban profundamente el corazón del hombre: la naturaleza del hombre, el sentido y el fin de nuestra vida, el bien y el pecado, el origen y*

el fin del dolor, el camino para conseguir la verdadera felicidad, la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte y, finalmente, el último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, de donde procedemos y hacia el que nos dirigimos. Desde la antigüedad hasta nuestros días, se halle en los diversos pueblos una cierta sensibilidad de aquella misteriosa fuerza que está presente en el curso de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana, y a veces también se reconoce la Suprema Divinidad y también al Padre. Sensibilidad y conocimiento que impregnan la vida de un íntimo sentido religioso. Junto a eso, las religiones, relacionadas con el progreso de la cultura, se esfuerzan en responder a las mismas cuestiones con nociones más precisas y con un lenguaje más elaborado» (*Nostra aetate*, 1-2).

El concilio Vaticano II ha sido consciente de tales dificultades. Por eso, la declaración sobre las relaciones de la Iglesia con el hinduismo y con las otras religiones del Extremo Oriente es tan importante. Leemos: «En el *hinduismo* los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía; buscan la liberación de las angustias de nuestra condición, sea mediante formas de vida ascética, sea a través de la profunda meditación, sea en el refugio en Dios con amor y confianza. En el *budismo*, según sus varias escuelas, se reconoce la radical insuficiencia de este mundo mudable y se enseña un camino por el que los hombres, con corazón devoto y confiado, se hagan capaces de adquirir el estado de liberación perfecta o de llegar al estado de suprema iluminación por medio de su propio esfuerzo, o con la ayuda venida de lo alto» (*Nostra aetate*, 2).

Llegados a este punto sería oportuno recordar todas las *religiones primitivas*, las *religiones de tipo animista*, que ponen en primer plano el culto a los antepasados. Parece que quienes las practican se encuentran especialmente cerca del cristianismo. Con

ellos, también la actividad misionera de la Iglesia halla más fácilmente un lenguaje común.

¿Hay, quizá, en esta veneración a los antepasados una cierta preparación para la fe cristiana en la comunión de los santos, por la que todos los creyentes —vivos o muertos— forman una única comunidad, un único cuerpo? La fe en la comunión de los santos es, en definitiva, fe en Cristo, que es la única fuente de vida y de santidad para todos. No hay nada de extraño, pues, en que los animistas africanos y asiáticos se conviertan con relativa facilidad en confesores de Cristo, oponiendo menos resistencia que los representantes de las grandes *religiones del Extremo Oriente*.

Estas últimas —también según la presentación que hace de ellas el concilio— poseen *carácter de sistema*. Son *sistemas culturales* y, al mismo tiempo, *sistemas éticos*, con un notable énfasis en lo que es el bien y en lo que es el mal. A ellas pertenecen ciertamente tanto el confucionismo chino como el taoísmo; Tao quiere decir verdad eterna —algo semejante al Verbo cristiano—, que se refleja en los actos del hombre mediante la verdad y el bien morales. Las religiones del Extremo Oriente han supuesto una gran contribución en la historia de la moralidad y de la cultura, han formado la conciencia de identidad nacional en los habitantes de China, India, Japón, Tíbet, y también en los pueblos del sudeste de Asia o de los archipiélagos del océano Pacífico.

Algunos de estos pueblos tienen culturas que se remontan a épocas muy lejanas. Los indígenas australianos se enorgullecen de tener una historia de varias decenas de miles de años, y su tradición étnica y religiosa es más antigua que la de Abraham y Moisés.

Cristo vino al mundo para todos estos pueblos, los ha redimido a todos y tiene ciertamente sus caminos para llegar a cada uno de ellos, en la actual etapa escatológica de la historia de la salvación. De hecho, en aquellas regiones muchos lo aceptan y muchos más tienen en Él una fe implícita (cf. *Hb* 11, 6).

## **El reto de la nueva evangelización**

Pregunta:

Le pediría que se detuviera un poco en esta última expresión, que reaparece con frecuencia en sus enseñanzas, en sus exhortaciones: La «evangelización», mejor aún, la «nueva evangelización», parece ser para el Papa la tarea principal, y más urgente, del católico de este final del siglo XX.

Respuesta:

La conciencia de que la Iglesia entera se encuentra *in statu missionis* (en estado de misión) se manifestó con fuerza en el siglo pasado y se manifiesta también en el presente, en primer lugar entre las antiguas Iglesias de Europa occidental. Baste pensar que en el pasado, por ejemplo en Francia, de algunas diócesis partían para las misiones la mitad de los sacerdotes.

La encíclica *Redemptoris missio*, publicada hace poco, abarca este pasado lejano y cercano, que comienza con el areópago de Atenas, hasta nuestro tiempo, en que se han multiplicado otros areópagos semejantes. La Iglesia evangeliza, la Iglesia anuncia a Cristo, que es Camino, Verdad y Vida; Cristo, único mediador entre Dios y los hombres. Y, a pesar de las debilidades humanas, la Iglesia es incansable en este anuncio. La gran oleada misionera, la que tuvo lugar en el siglo pasado, se dirigió hacia todos los

continentes y, en particular, hacia el *continente africano*. Hoy con ese continente tenemos mucha tarea que hacer con otra Iglesia indígena ya formada. Son ya numerosas las generaciones de obispos de color. África se convierte en un continente de vocaciones misioneras. Y las vocaciones —gracias a Dios— no faltan. Todo lo que disminuyen en Europa, otro tanto aumentan allí, en África, en Asia.

Quizá algún día se revelen verdaderas las palabras del cardenal Hyacinthe Thiandoum, que planteaba la posibilidad de evangelizar el viejo mundo con misioneros negros y de color. Y de nuevo hay que preguntarse si no será ésta una prueba más de la *permanente vitalidad de la Iglesia*. Hablo de eso para echar así una luz distinta sobre la pregunta un poco inquietante acerca del número de cristianos, de católicos en particular. De verdad que *no hay motivo para el derrotismo*. Si el mundo no es católico desde el punto de vista confesional, ciertamente está penetrado, muy profundamente, por el Evangelio. Se puede incluso decir que, en cierto modo, está presente en él de modo invisible el misterio de la iglesia, Cuerpo de Cristo.

La Iglesia renueva cada día, contra el espíritu de este mundo, una lucha que no es otra cosa que la *lucha por el alma de este mundo*. Si de hecho, por un lado, en él están presentes el Evangelio y la evangelización, por el otro hay una *poderosa antievangelización*, que dispone de medios y de programas, y se opone con gran fuerza al Evangelio y a la evangelización. La lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso. En este sentido, la *Redemptoris missio* habla de *modernos areópagos*, es decir, de nuevos púlpitos. Estos areópagos son hoy el mundo de la ciencia, de la cultura, de los medios de comunicación; son los ambientes en que se crean las elites intelectuales, los ambientes de los escritores y de los artistas

La evangelización renueva su encuentro con el hombre, está *unida al cambio generacional*. Mientras pasan las generaciones que se han alejado de Cristo y de la Iglesia, que han aceptado el modelo laicista de pensar y de vivir, o las generaciones a las que ese modelo les ha sido impuesto, la Iglesia mira siempre hacia el futuro; *sale*, sin detenerse nunca, *al encuentro de las nuevas generaciones*. Y se muestra con toda claridad que las nuevas generaciones acogen con entusiasmo lo que sus padres parecían rechazar.

¿Qué significa esto? Significa que *Cristo es siempre joven*. Significa que el Espíritu Santo obra incesantemente. ¡Qué elocuentes son las palabras de Cristo!: «¡Mi Padre obra siempre y yo también obro!» (Jn 5, 17). El Padre y el Hijo obran en el Espíritu Santo, que es el Espíritu de verdad, y la verdad no cesa de ser fascinante para el hombre, especialmente para los corazones jóvenes. No nos podemos detener, pues, en las meras estadísticas. Para Cristo lo importante son las obras de caridad.

La Iglesia, a pesar de todas las pérdidas que sufre, *no cesa de mirar con esperanza hacia el futuro*. Tal esperanza es un signo de la fuerza de Cristo. *Y la potencia del Espíritu siempre se mide con el metro de estas palabras apostólicas: «¡Ay de mí si no predicase el Evangelio!» (1 Co 9, 16).*

Diez años después del concilio fue convocado el *Sínodo de los obispos para el tema de la evangelización*. Su fruto fue la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*. No es una encíclica, pero su valor intrínseco supera quizá al de muchas encíclicas. Esa exhortación, puede decirse, constituye la interpretación del magisterio conciliar sobre lo que es tarea esencial de la Iglesia: «¡Ay de mí si no predicase el Evangelio!».

*En el mundo contemporáneo se siente una especial necesidad del Evangelio, ante la perspectiva ya cercana del años 2000. Se advierte tal necesidad de modo especial, quizá porque el mundo parece alejarse del Evangelio, o bien porque aún no ha llegado a ese mundo. La primera hipótesis —el alejamiento del Evangelio— mira sobre todo al «viejo mundo», especialmente a Europa; la segunda posibilidad mira al continente asiático, al Extremo Oriente y a África. Si a partir de la *Evangelii nuntiandi* se repite la expresión *nueva evangelización*, eso es solamente en el sentido de los nuevos retos que el mundo contemporáneo plantea a la misión de la Iglesia.*

### **Cuando el «mundo» dice que no**

Pregunta:

No siempre y no para todos son bien aceptadas las palabras del Papa. En no pocos casos se comprueba su explícito rechazo, a veces violento (al menos, si se da crédito a ese espejo, quizá deformante, que son los medios de comunicación internacionales) cuando la Iglesia remacha su enseñanza, sobre todo en ciertos temas, como los morales.

Respuesta:

Usted se refiere al problema de la *acogida de la enseñanza de la Iglesia en el mundo actual*, especialmente en el campo de la ética y de la moral. Algunos sostienen que en las cuestiones de moralidad, y en primer lugar en las de ética sexual, la Iglesia y el Papa no van de acuerdo con la tendencia dominante en el mundo contemporáneo, dirigida hacia una cada vez mayor libertad de costumbres. Puesto que el mundo se desarrolla en esa dirección, surge la impresión de que la Iglesia vuelve atrás o, en todo caso,

que el mundo se aleja de ella. El mundo, por tanto, se aleja del Papa, el mundo se aleja de la Iglesia.

Es una opinión muy difundida, pero estoy convencido de que es profundamente injusta. Nuestra encíclica *Veritatis splendor*, aunque no se refiere directamente al campo de la ética sexual sino a la gran amenaza que supone la civilización occidental del *relativismo moral*, lo demuestra. Se dio perfectamente cuenta el Papa Pablo VI, que sabía que su deber era luchar contra ese relativismo frente a lo que es el bien esencial del hombre. Con su encíclica *Humanae vitae* puso en práctica la exhortación del apóstol Pablo, que escribía a su discípulo Timoteo: «Anuncia la palabra, insiste en toda ocasión oportuna y no oportuna... Vendrá un día en que no se soportará la sana doctrina» (2 Tm 4, 2-3).

¿No parecen censurar estas palabras del apóstol esta situación contemporánea?

Los medios de comunicación han acostumbrado a ciertos sectores sociales a escuchar lo que «halaga los oídos» (cf. 2 Tm 4, 3). Peor es la situación cuando los teólogos, y especialmente los moralistas, se alían con los medios de comunicación, que, como es obvio, dan una amplia resonancia a cuanto éstos dicen y escriben contra la «sana doctrina». *Cuando la verdadera doctrina es impopular, no es lícito buscar una fácil popularidad.*

La Iglesia debe dar una respuesta sincera a la pregunta: «¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?» (Mt 19, 16). Cristo nos previno, nos advirtió de que la vía de la salvación no es ancha y cómoda, sino estrecha y angosta (cf. Mt 7, 13-14).

No tenemos derecho a abandonar esta perspectiva ni a cambiarla. Éste es el aviso del magisterio, éste es también el deber de los teólogos —sobre todo de los moralistas—, los cuales, como

colaboradores de la Iglesia docente, tienen en esto una parte esencial.

Naturalmente, siguen siendo válidas las palabras de Jesús referidas a aquellas cargas que ciertos maestros echan sobre la espalda de los hombres, pero que ellos no quieren llevarlas (cf. *Lc 11, 46*). Aunque se debe considerar también *cuál es el peso mayor: si el de la verdad, incluso el de la muy exigente, o si lo es, en cambio, el de la apariencia de verdad, que crea sólo la ilusión de lo que es moralmente correcto*. La *Veritatis splendor* ayuda a afrontar este fundamental dilema que la gente parece comenzar a entender. Pienso que hoy se comprende mejor que en 1968, cuando Pablo VI publicaba la *Humanae vitae*.

*¿Es cierto que la Iglesia está parada y que el mundo se aleja de ella? ¿Se puede decir que el mundo evoluciona solamente hacia una mayor libertad de costumbres? ¿Estas palabras no enmascaran quizá ese relativismo que es tan nefasto para el hombre? No sólo con el aborto, sino también con la contracepción, se trata en definitiva de la verdad del hombre.*

Alejarse de esa verdad no constituye en absoluto una tendencia evolutiva, no puede ser considerada como una medida de «progreso ético».

Frente a semejantes tendencias, cada pastor de la Iglesia y, sobre todo el Papa, debe ser particularmente sensible para no desatender la severa amonestación contenida en la *segunda Carta* de Pablo a Timoteo: «Tú, sin embargo, vigila atentamente, aprende a soportar los sufrimientos, cumple tu tarea de anunciador del Evangelio, cumple tu ministerio» (4, 5).

Pero ¿en qué está la verdadera fuerza de la Iglesia? Naturalmente, la fuerza de la Iglesia, en Oriente y en Occidente, es

través de los siglos, está en el testimonio de los *santos*, de los que de la verdad de Cristo han hecho su propia verdad, de los que han seguido el camino que es Él mismo, que han vivido la vida que brota de Él en el Espíritu Santo. Y nunca han faltado estos santos en la Iglesia, en Oriente y en Occidente.

### **Vida eterna: ¿todavía existe?**

Pregunta:

¿El paraíso, el purgatorio y el infierno todavía «existen»? ¿Por qué tantos hombres de iglesia nos comentan continuamente la actualidad y ya casi no nos hablan de la eternidad, de esa unión definitiva con Dios que, ateniéndonos a la fe, es la vocación, el destino, el fin último del hombre?

Respuesta:

Por favor, abra la *Lumen gentium* en el capítulo VII, donde se trata la índole escatológica de la Iglesia peregrinante sobre la tierra, como también la unión de la Iglesia terrena con la celeste. Su pregunta no se refiere a la unión de la Iglesia peregrinante con la Iglesia celeste, sino al nexo entre la escatología y la Iglesia sobre la tierra. A este respecto, usted muestra que en la práctica pastoral este planteamiento en cierta manera se ha perdido, y tengo que reconocer que, en eso, tiene usted algo de razón.

Recordemos que, en tiempos aún no muy lejanos, en las prédicas de los retiros o de las misiones, los *Novísimos* —muerte, juicio, infierno, gloria y purgatorio— constituían siempre un tema fijo del programa de meditación, y los predicadores sabían hablar de eso de una manera eficaz y sugestiva. ¡Cuántas personas fueron llevadas a la conversión y a

la confesión por estas prédicas y reflexiones sobre las cosas últimas!

Además, hay que reconocerlo, ese estilo pastoral era *profundamente personal*: Acuérdate de que al fin te presentarás ante Dios con toda tu vida, que ante su tribunal te harás responsable de todos tus actos, que serás juzgado no sólo por tus actos y palabras, sino también por tus pensamientos, incluso los más secretos». Se puede decir que tales prédicas, perfectamente adecuadas al contenido de la Revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento, penetraban profundamente en el mundo íntimo del hombre. Sacudían su conciencia, le hacían caer de rodillas, le llevaban al confesonario, producían en él una profunda acción salvífica.

El hombre es libre y, por eso, *responsable*. La suya es una responsabilidad personal y social, es una responsabilidad ante Dios. Responsabilidad en la que está su grandeza. Comprendo qué es lo que teme quien llama la atención sobre la importancia de eso de lo que usted se hace portavoz, teme que la pérdida de estos contenidos catequéticos, homiléticos, constituya un *peligro para esa fundamental grandeza del hombre*. Cabe efectivamente que nos preguntemos si, sin ese mensaje, la Iglesia sería aún capaz de despertar heroísmos, de generar santos. No hablo tanto de esos «grandes» santos que son elevados al honor de los altares, sino de los santos «cotidianos», según la acepción del término en la primera literatura cristiana.

Es significativo que el concilio nos recuerde también la llamada universal a la santidad en la Iglesia. Esta vocación universal, se refiere a todo bautizado, a todo cristiano. Y es siempre muy personal, está unida al trabajo, a la profesión. Es un rendir cuentas del uso de los propios talentos, de si el hombre ha hecho un buen o un mal uso de ellos. Y sabemos que las palabras del

Señor Jesús, dirigidas al hombre que había enterrado el talento, son muy duras, amenazadoras (cf. *Mt 25, 25-30*).

En Cristo, Dios ha revelado al mundo que quiere que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*I Tm 2, 4*). Esta frase de la *primera Carta a Timoteo* tiene una importancia fundamental para la visión y para el anuncio de las cosas últimas. Si Dios desea esto, si Dios por esta causa entrega a su Hijo, el cual a su vez obra en la Iglesia mediante el Espíritu Santo, *¿puede el hombre ser condenado*, puede ser rechazado por Dios?

Desde siempre el problema del infierno ha turbado a los grandes pensadores de la Iglesia, desde los comienzos, desde Orígenes, hasta nuestros días, hasta Michail Bulgakov y Hans Urs von Balthasar. En verdad que los antiguos concilios rechazaron la teoría de la llamada *apocatástasis final*, según la cual el mundo sería regenerado después de la destrucción, y toda criatura se salvaría; una teoría que indirectamente abolía el infierno. Pero el problema permanece. *¿Puede Dios*, que ha amado tanto al hombre, permitir que éste lo rechace hasta el punto de querer ser condenado a perennes tormentos? Y, sin embargo, las palabras de Cristo son unívocas. En Mateo habla claramente de los que irán al suplicio eterno (cf. *25, 46*). *¿Quiénes serán éstos?* La Iglesia nunca se ha pronunciado al respecto. Es un misterio verdaderamente inescrutable entre la santidad de Dios y la conciencia del hombre. El silencio de la Iglesia es, pues, la única posición oportuna del cristiano. También cuando Jesús dice de Judas, el traidor, que «sería mejor para ese hombre no haber nacido» (*Mt 26, 24*), la afirmación no puede ser entendida con seguridad en el sentido de una eterna condenación.

Al mismo tiempo, sin embargo, hay algo en la misma conciencia moral del hombre que reacciona ante la pérdida de una

tal perspectiva: ¿El Dios que es Amor no es también justicia definitiva? ¿Puede Él admitir estos terribles crímenes, pueden quedar impunes? ¿La pena definitiva no es en cierto modo necesaria para obtener el equilibrio moral en la tan intrincada historia de la humanidad? ¿Un infierno no es en cierto sentido «la última tabla de salvación» para la conciencia moral del hombre?

La Sagrada Escritura conoce también el concepto de *fuego purificador*. La Iglesia oriental lo asume como bíblico, y en cambio no acoge la doctrina católica sobre el purgatorio.

Un argumento muy convincente acerca del purgatorio se me ha ofrecido —aparte de la bula de Benedicto XII en el silo XIV—, sacado de las *Obras místicas de san Juan de la Cruz*. La «llama de amor viva», de la que él habla, es en primer lugar una llama purificadora.

Las noches místicas, descritas por este gran doctor de la Iglesia por propia experiencia, son en cierto sentido eso a lo que corresponde el purgatorio. Dios hace pasar al hombre a través de un tal purgatorio interior toda su naturaleza sensual y espiritual, para llevarlo a la unión con Él. No nos encontramos aquí frente a un simple tribunal. Nos presentamos ante el poder del mismo Amor.

*Es sobre todo el Amor el que juzga.* Dios, que es Amor, juzga mediante el amor. Es el Amor quien exige la purificación, antes de que el hombre madure por esa unión con Dios que es su definitiva vocación y su destino.

Quizá esto baste. Muchos teólogos, en Oriente y en Occidente, también teólogos contemporáneos, han dedicado sus estudios a la escatología, a los *Novísimos*. La Iglesia no ha cesado de mantener su conciencia escatológica. No ha cesado de hablar de

hombres a la vida eterna. Si cesara de ser escatológica, dejaría de ser fiel a la propia vocación, a la Nueva Alianza, sellada con ella por Dios en Jesucristo.

## **Un Evangelio para hacerse hombre**

Pregunta:

¿Qué es de verdad, para el Santo Padre, la dignidad del hombre? ¿Qué son los auténticos derechos humanos? ¿Concesiones de los gobiernos, de los Estados? ¿O algo distinto, más profundo?

Respuesta:

*El Evangelio es la confirmación más plena de todos los derechos del hombre. Sin eso muy fácilmente nos podemos encontrar lejos de la verdad del hombre. El Evangelio confirma la regla divina que rige el orden moral del universo, la confirma de modo particular mediante la misma Encarnación. ¿Quién es el hombre, si el Hijo asume la naturaleza humana? ¿Quién debe ser el hombre, si el Hijo de Dios paga el máximo precio por su dignidad? Cada año la liturgia de la Iglesia manifiesta un profundo estupor ante esta verdad y este misterio, tanto en el período de Navidad como durante la vigilia pascual: «*O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem!*» («¡Oh feliz culpa, que nos hizo merecer un tal y tan grande Redentor!». *Exultet*). *El Redentor confirma los derechos del hombre sencillamente para llevarlo a la plenitud de la dignidad recibida cuando Dios lo creó a su imagen y semejanza.**

*La verdadera interpretación personalista del mandamiento del amor se encuentra en las palabras del Concilio: «El Señor Jesús.*

cuando reza al Padre para que «todos sean una sola cosa» (Jn 17, 21-22), poniéndonos ante horizontes inaccesibles a la razón humana, ha insinuado que hay una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza manifiesta cómo el hombre —que en la tierra es la única criatura que Dios ha querido por sí misma— no puede encontrarse plenamente a sí misma ni no es a través de un sincero don de sí» (*Gaudium et spes*, 24). Ésta puede decirse que es verdaderamente una interpretación adecuada del mandamiento del amor. Sobre todo, queda formulado con claridad *el principio de afirmación de la persona por el simple hecho de ser persona*; ella, se dice, «es la única criatura en la tierra que Dios ha querido por sí misma». Al mismo tiempo el texto conciliar subraya que lo más esencial del amor es el «sincero don de sí mismo». En este sentido *la persona se realiza mediante el amor*.

Así pues, estos *dos aspectos* —la afirmación de la persona por sí misma y el don sincero de sí mismo— no sólo no se excluyen mutuamente, sino que se confirman y se integran de modo recíproco. *El hombre se afirma a sí mismo de manera más completa dándose*. Ésta es la plena realización del mandamiento del amor. Ésta es también la plena verdad del hombre, una verdad que Cristo nos ha enseñado con su vida y que la tradición de la moral cristiana —no menos que la tradición de los santos y de tantos héroes del amor por el prójimo— ha recogido y testimoniado en el curso de la historia.

Si privamos a la *libertad humana* de esta perspectiva, si el hombre no se esfuerza por llegar a ser un don para los demás, entonces esta libertad puede revelarse peligrosa. Se convertirá en una libertad de hacer lo que yo considero bueno, lo que me procura un provecho o un placer, acaso un placer sublimado. *Si no se acepta la perspectiva del don de sí mismo, subsistirá*

*siempre el peligro de una libertad egoísta. Peligro contra el que luchó Kant; y en esta línea deben situarse también Max Sheller y todos los que, después de él, han compartid la ética de los valores. Pero una expresión completa de esto la encontramos sencillamente en el Evangelio. Por eso en el Evangelio está también contenida una coherente declaración de todos los derechos del hombre, incluso de aquellos que por diversos motivos pueden ser incómodos.*

## **Entrar en la esperanza**

Pregunta:

Santo Padre, a la luz de todo lo que ha querido decirnos, por lo que le estamos agradecidos, ¿tenemos que concluir que es verdaderamente injustificado —y para el hombre de hoy aún más— «tener miedo» de Dios, de Jesucristo? ¿Debemos concluir que, al contrario, vale de verdad la pena «entrar en la Esperanza», y descubrir, o redescubrir, que tenemos un Padre y reconocer que nos ama?

Respuesta:

El salmista dice: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios» (cf. *Sal* 111 (110), 10). Permítame que me refiera a estas palabras bíblicas para responder a su última pregunta.

La Sagrada Escritura contiene una exhortación insistente a ejercitarse en el temor de Dios. Se trata aquí de ese temor que es *don del Espíritu Santo*. Entre los siete dones del Espíritu Santo, señalados en las palabras de Isaías (cf. 11, 12), el don del temor de Dios está en último lugar, pero eso no quiere decir que sea el menos importante, pues precisamente *el temor de Dios es*

*principio de la sabiduría.* Y la sabiduría, entre los dones del Espíritu Santo, figura en primer lugar. Por eso, al hombre de todos los tiempos y, en particular, al hombre contemporáneo, *es necesario desearle el temor de Dios.*

Por la Sagrada Escritura sabemos también que tal temor, principio de la sabiduría, no tiene nada en común con el *miedo del esclavo.* ¡*Es temor filial,* no temor servil! El esquema hegeliano amo-esclavo es extraño al Evangelio. Es más bien el esquema propio de un mundo en el que Dios está ausente. En un mundo en que Dios está verdaderamente presente, en el mundo de la sabiduría divina, sólo puede estar presente el temor filial.

*La expresión auténtica y plena de tal temor es Cristo mismo.* Cristo quiere que tengamos miedo de todo lo que es ofensa a Dios. Lo quiere, porque ha venido al mundo para liberar al hombre en la libertad. El hombre es libre mediante el amor, porque el amor es fuente de predilección para todo lo que es bueno. Ese amor, según las palabras de san Juan, *expulsa todo temor* (cf. *1 Jn 4, 18*). Todo rastro de temor servil ante el severo poder del Omnipotente y del Omnipresente desaparece y deja sitio a la solicitud filial, para que en el mundo se haga su voluntad, es decir, el bien, que tiene en Él su principio y su definitivo cumplimiento.

Así pues, los santos de todo tiempo son también la encarnación del amor filial de Cristo, que es fuente del amor franciscano por las criaturas y también del amor por el poder salvífico de la Cruz, que restituye al mundo el equilibrio entre el bien y el mal.

Después de cuanto he dicho, podría resumir mi respuesta con la siguiente *paradoja:* *para liberar al hombre contemporáneo del miedo de sí mismo, del mundo, de los otros hombres, de los*

poderes terrenos, de los sistemas opresivos, para liberarlo de todo síntoma de miedo servil ante esa «fuerza predominante» que el creyente llama Dios, *es necesario desearle de todo corazón que lleve y cultive en su propio corazón el verdadero temor de Dios*, que es el principio de la sabiduría.

Ese temor de Dios es la *fuerza del Evangelio*. Es temor creador, nunca destructivo. General hombres que se dejan guiar por la responsabilidad, por el amor responsable. General hombres santos, es decir, verdaderos cristianos, a quienes pertenece en definitiva el futuro del mundo. Ciertamente André Malraux tenía razón cuando decía que el siglo XXI será el siglo de la religión o no será en absoluto.

El Papa, que comenzó su pontificado con las palabras «¡No tengáis miedo!», procura ser plenamente fiel a tal exhortación, y está siempre dispuesto a servir al hombre, a las naciones, y a la humanidad entera en el espíritu de esta verdad evangélica.

